

sobre todo lo perecedero, perecerá también (1), no teniendo poder alguno en el nuevo orden de las cosas, en que todo debe ser inmortal.

## CAPITULO II.

### *De los primeros Preceptos de la Ley Evangelica.*

**A**l propio tiempo que Jesu-Christo nos enseña las verdades esenciales acerca la naturaleza de Dios, los destinos del hombre, y la certeza de una vida futura, que forman la base de las verdades practicas, pone de manifiesto los preceptos de la ley natural, los eleva al mas alto grado de perfeccion, los apoya sobre los misterios que parecian extraños á la moral, y se conserva él mismo al lado de su ley, para servirnos de modelo. Esto es lo que conviene ahora demostrar; y á este fin consideraremos al hombre en el orden de la re-

(1) 1. Cor. 15. v. 26.

ligion, casi de la misma manera que lo hemos hecho considerandole en el orden de la naturaleza.

## ARTICULO I.

### *Primer Precepto de Jesu-Christo: Amar á Dios sobre todas las cosas.*

**H**emos visto, que habiendo Dios enviado al mundo su Unigenito para volver á camino, por la humildad de la fé, al hombre que se habia desviado por el orgullo de la presuncion, era preciso empezar por creer en él, para ser ilustrados con su luz; que habiendo su hijo aparecido sobre la tierra con las señales manifiestas de una mision divina, no podriamos negarnos á creer su palabra, sin *acusar de mentira* al Padre que le habia enviado (1); y que hallandonos circuidos, de los misterios de la naturaleza, no nos debia sorprender, quando nos hablaba de las co-

(1) 1. Juan 5. v. 10.

sas celestiales, que las verdades que se dignaba revelarnos, fuesen tambien misterios incomprehensibles á la razon. Pero hay entre los misterios de la naturaleza, y los de la fé, la extrema diferencia de que los primeros humillan la razon, y la dexan en las tinieblas; en vez que los otros, humillando la razon, le sirven de luz para descubrir las verdades que la aseguran en sus primeros conocimientos, y disipan la obscuridad que la habia ofuscado.

Antes en el universo todo nos hablaba del poder de Dios, de su sabiduría, de su bondad: Mas, despues que Jesu-Christo ha hablado desde la Cruz, para edificar á su Padre un templo espiritual, destinado á glorificarle eternamente en el Cielo, por la oblacion de sí mismo, y de los santos, Dios se nos manifiesta en una nueva gloria. No es ya la hermosura de la naturaleza, ni el ornato de los Cielos, ni la economía de la Providencia en el gobierno del mundo visible, que embeleza al espíritu, y pasma la razon; es la naturaleza misma, sometida á la voz del hombre

Dios; es el infierno, que cede á su precepto, y pública su omnipotencia; son todos los siglos, todos los imperios, sujetos debajo su mano, para ordenar, desde el principio del mundo, esta serie de acontecimientos que preparan su venida, para verificar sus predicciones, cumplir sus promesas, y conservar su santa religion. Nunca Dios se habia mostrado con tanta magestad en el mundo, como en este misterio de un Dios crucificado, que era un delirio á los ojos de los sabios (1). Allí, infinitamente grande en su santidad, nos hace conocer la enormidad del pecado que le ofende, por la santidad de la victima que le expía: Infinitamente grande en su bondad, nos dá todos los tesoros de su misericordia, con el dón que nos hace de su propio Hijo: Infinitamente grande en su magestad, declara,

(1) Nosotros predicamos a Christo crucificado, que es escandalo para los Judios, y locura para los Gentiles; mas para los que han sido llamados... virtud de Dios y sabiduría de Dios. 1. Cor. v. 23. 24.

que no puede ser glorificado de un modo digno de él, sino por la mediacion de su Unigenito, igual á él mismo: Infinitamente grande en su justicia, y en su misericordia, recibe para perdonar al hombre culpable, la oblacion de una victima, que siendo infinitamente santa, satisface plenamente á su justicia, y paga con su muerte, la deuda inmensa, para la qual no habrian podido bastar todas las penas del hombre culpable: Infinitamente grande en su magnificencia, recompensa el mérito de su hijo, con el mérito del hombre, para recompensar al hombre de una manera digna de Dios.

Los beneficios del Criador, los cuidados de su providencia, la naturaleza entera destinada al socorro de nuestras necesidades, ya nos anunciaban los cariños de su paternal bondad: Nos decian, que habiendolo ordenado todo para nosotros, no abandonaria al hombre que invocase su socorro. Mas, quando veo al primer *Sér* ordenar y criar el universo, imprimir sobre la arcilla los rasgos de su magnificencia,

gobernar, obrar en todo con el imperio de Criador; entonces, como oprimido del peso inmenso de su gloria, vuelvo á caer en mi propia nada. Ah! ¿Que es, pues, gran Dios, que es el hombre, para que os digneis acordaros de él (1)?

El hombre, me responde Jesu-Christo, este atomo casi imperceptible en la vasta extension del universo, el hombre, ya no es aquel polvo organizado que nace, que padece, y que muere, ya no es aquel sér cuyas operaciones se parecen á las del reptíl; ya no es meramente aquel espíritu que piensa, que quiere, que discurre, pero que gobernado por la organizacion de un cuerpo fragil, se halla sin cesar sugeto á las flaquezas y miserias de la humanidad. El hombre es una criatura formada á imagen del Padre Celestial, redimida con mi propia sangre; es una porcion de mi heredad; es un hijo adoptivo del *Sér* criador, que debe vivir de su espíritu, llevar la marca de su santidad, participar de mis méritos,

(1) Ps. 8. v. 5.

estar conmigo en mi reyno. Su espíritu, su corazón, todas las facultades de su alma, deben ser un día penetradas de los rayos de su divinidad, abrasarse del fuego de su amor, y poseerle también por toda la eternidad. Ah! ¿Qué es el universo entero, con toda su magnificencia, en comparación de este átomo que vive en el universo, á quien Dios ha dado tanta grandeza, y llamado á tan alto destino? Tu no veas sino la magestad y el poder de un Dios criador: Pero *su bondad es sobre todas sus obras* (1), y sus beneficios son para tí, una prenda de su amor. *El quiere la misericordia, no el sacrificio* (2). *Yo mismo he venido á llamar los pecadores, y no á los justos* (3). He muerto para obtener tu perdón; tu puedes merecerlo todo por mi gracia, y obtenerlo todo quando lo pedirás en mi nombre (4). Tus desgracias no serán mas que simples pruebas, y yo

(1) Ps. 144. v. 9. = (2) Math. 9. v. 13.  
= (3) Ibid. = (4) Juan. 14. v. 13.

no probaré tu fidelidad, sino para hacerle merecedor de mis recompensas. Desde lo alto de la Cruz me dirige el Hijo de Dios estas consoladoras palabras; y nunca fué mas digno de las complacencias de su Padre, que en este mismo estado de desamparo y de sacrificio. A estas expresiones todos mis temores se disipan; yo me echo, me abandono á sus brazos con todas mis solicitudes; y la esperanza en su misericordia, enciende de nuevo en mi corazón el fuego de la caridad.

Dios es un Sér soberanamente perfecto, y debo amarle soberanamente por justicia. El me lo ha dado todo, debo amarle soberanamente por reconocimiento. Es el solo bueno por naturaleza, debo amarle soberanamente por mi propia felicidad. Así hablaba al hombre la razón.

Pero quando la fé me ilustra acerca las grandezas, las perfecciones, los beneficios del Sér supremo, ah! ¡con quanto mayor imperio habla á mi corazón! Ah! ¿qué son todos los dónes de la naturaleza, en comparación de los bienes

de que Dios me ha colmado en el orden de la gracia? El me ha sacado, no solo de la nada del ser, sino tambien de la nada de la justicia, para hacerme vivir eternamente en la vida de los espíritus: Ha alzado el anatéma del pecado, y me ha hecho pasar de la clase de los hijos de los hombres, á la de los hijos de Dios: Me ha colmado de sus gracias, para hacerme digno de sus promesas: Me ha confiado á los cuidados de su Iglesia, y le ha comunicado su poder, para que velase sobre mi felicidad: Está de continuo á mi lado para iluminarme, alentarme, y fortalecerme en los combates y aflicciones; Me llama, quando me álejo de él; me consuela, quando vuelvo; se dá enteramente á mí, quando me perdona, y me amenaza con sus venganzas, si alguna vez dexo de esperar en él.

Ya pues la felicidad que deseo, solo puedo hallarla en Dios, en este Salvador, que teniendo *en sí mismo la vida* (1), debe recompensarme, no precisamente, por el merito del hombre, mas aun por

---

(1) I. Juan 5. v. 11.

el merito del *Hombre Dios*, y con toda la magnificencia de un Dios. El Padre Celestial lo ha prometido con juramento, en la alianza eterna que ha hecho con el hombre, por la mediacion de su Unigenito; y Jesu-Christo, sellando esta misma alianza con su propia sangre, me dá el exemplo mas admirable de la confianza y amor que debo á su Padre. El acepta voluntariamente la muerte, para darle gloria: Se entrega todo á sus manos, quando el Padre parece haberle desamparado (1), y no acaba su vida, hasta que ha visto desde la Cruz, cumplida enteramente su voluntad (2). Por

---

(1) Dios mio, Dios mio, porque me has desamparado. *Marc. 15. v. 34.* = Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. *Luc. 23. v. 46.* = (2) Despues de esto, sabiendo Jesus, que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dixo: Sed tengo. Y ellos poniendo al rededor de un hysopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca. Y luego que Jesus tomó el vinagre, dixo: Consumado es. E inclinando la cabeza, dió el espíritu. *Juan 19. v. 29. 30.*

este generoso sacrificio rinde á su Padre el homenaje mas glorioso que todo un Dios podia recibir en el universo; y su Padre, dandole en recompensa la mayor gloria de que podia coronar al hombre, le constituye *Pontifice eterno* (1) de un pueblo Santo, *dandole todas las Naciones por herencia* (2).

Mas, era preciso que la fé viniese á abrirnos las puertas del Santuario, para descubrirnos los decretos eternos de la Sabiduria divina, que estaban *ocultos desde el principio del mundo* (3) á los ojos de los sabios: Era preciso, que ella nos manifestase el Hijo de Dios sentado á la derecha del Padre en su mismo trono, haciendo las funciones de Pontifice, á fin de interceder por nosotros: Que nos hiciese ver el Espiritu Santo derramar sobre la tierra los dónes de luz, de fuerza, de caridad: Que nos enseñase, que el reyno del Cielo, que lo era de las tres divinas Personas, lo era tambien de los elegidos de Dios: Que era el reyno de la

---

(1) Ps. 109. v. 4. = (2) Ps. 2. v. 8. Philip. 2. v. 9. 10. = (3) Eph. 3. v. 9.

santidad, de la justicia, de la misericordia. ¡O fé celestial! tú *en quien están ocultos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia eterna* (1); tú que naciste en la sangre de un Dios; tú que baxaste á la tierra para la salud del mundo, ven á inflamar mi corazon, y á penetrar mi alma con los rayos de la divinidad. Ah! ¿podria yo conocerte sin adorarte, sin publicar tu triunfo, sin armarme de una justa indignacion contra aquellos que quisieran apagar tu antorcha, y sumergir el universo en las tinieblas? Que! ¿yo creeré que no hay salud sin Jesu-Christo; que los santos son las obras maestras de su misericordia, que han de formar la corte celestial, destinada á glorificarle por toda la eternidad; creeré que todos los que viven sin Jesu-Christo en este mundo, serán eternamente desdichados en el otro; y veré sin estremecerme, la heregia y la impiedad sembrar por todas partes el veneno del error, hacer perecer á mis hermanos de una muerte eterna, blasfemar contra

---

(1) Col. 2. v. 3.

Jesu-Christo , que es la salud del mundo esforzarse á quitarle , si fuese posible, su imperio? ¿ y no levantaré la voz para rechazar sus esfuerzos , y advertir á mis hermanos? ¿ no aguantaré de la mano á los que caen? ¿ no lloraré su perdida, quando no habré podido salvarlos? Jesu-Christo se ha entregado á la muerte para dar testimonio á la verdad : La fé que ha establecido sobre la tierra , ha sido el precio de su sangre; y sus Discipulos, solo con el precio de su sangre tambien, nos han transmitido la fé que habian recibido. Quando pues los enemigos de Jesu-Christo se atreverán á ultrajarle, será Jesu-Christo un Dios extraño para mí? quando querrán cerrarme la boca , ¿ no osaré confesar su nombre en un reyno Christiano? ¿ me tendré por menos de ser contado en el numero de sus hijos? ¿ me avergonzaré de su ley santa, de su cruz, del mismo Jesu-Christo? No por cierto; pues que no cree verdaderamente en Jesu-Christo, aquel que no tiene valor para confesarle delante de los hombres (1).

---

(1) *Math.* 10. v. 32. 33. *Luc.* 12. v. 8. 9.

¿Que debo pues obrar para hacerme digno de sus recompensas? Jesu-Christo no pide de mí ni talentos, ni bienes, ni alguna de las obras brillantes que chocan , que admiran , que deslumbran, que arrastran los aplausos públicos : Todo aquello es meramente gloria del hombre , y nada de ello está en su poder. Ah! ¿ que sería delante de Dios toda la gloria de los hombres? El pide la rectitud del corazon , la fidelidad á su ley , la conformidad á sus decretos, tanto en el orden de una vida privada, como en el de los empleos públicos. Promete recompensar hasta el vaso de agua que se dará en su nombre (1); y él mismo me dá el exemplo de la obediencia que me ordena. Para obedecer á su Padre . pasa los treinta primeros años de su vida , en la obscuridad de una condicion privada; se entrega á los trabajos de una penosa mision ; se sujeta á la muerte de la Cruz : *Yo hago* , dice, *todo lo que agrada à mi Padre* (2); y este retrato que en dos palabras nos

---

(1) *Math.* 10. v. 42. = (2) *Juan* 8. v. 29.

forma de sí mismo, es el grande modelo de santidad que nos propone para su imitacion.

El culto público es la expresion natural de la adoracion. Así lo habia indicado à todas las naciones la conciencia; pero ella no determinaba el ceremonial, y este no podia tener fuerza ni virtud por sí mismo. En la religion evangélica, forma el centro de nuestro culto la oblation de Jesu-Christo, que es el legislador, el pontifice, la victima santa de su pueblo, la fuente de la gracia, nuestro redentor, nuestro remunerador, nuestra esperanza, nuestra fuerza, y nuestra vida: Jesu-Christo, renovando sobre los altares, en medio de su pueblo, el sacrificio adorable que ha consumado sobre la cruz por nuestra salud; presentando à su Padre, con su propia sangre, nuestras adoraciones y homenages, y haciendo baxar sobre nosotros las gracias del cielo, por los méritos de su misma sangre; se hace en este estado de sacrificio, el centro de reunión de todos sus hijos, de este pueblo inmenso que vemos esparcido sobre la tierra, y

en todas las naciones: Se hace la ofrenda esencial del culto solemne, á la qual todas las demas ceremonias deben conformarse: Ofrenda, que representando la muerte de Jesu-Christo, es aun viva por la inmensa caridad que le obliga á morir por nosotros, á fin de reconciliarnos con su Padre Celestial; es aun toda poderosa, para amedrentar al infierno, cerrar las puertas del abismo, y vivificar su Iglesia: Oblacion angusta, que en el homenaje que Jesu-Christo rinde continuamente á su Padre, reúne todos los homenages que pueden las criaturas prestarle, y que solo pueden prestar por él; homenaje de adoracion, por la ofrenda de un Dios, que ha satisfecho plenamente á su justicia; homenaje de impetracion, por la ofrenda de un Dios, que todo lo ha merecido para nosotros; homenaje de acciones de gracias, por un sacrificio, cuyo precio excede infinitamente á todos los beneficios que habiamos recibido del Criador: Oblacion vivificante, que santifica todas las ceremonias del culto público, por la relacion que tienen con Jesu-Christo; que



santifica el culto de los Santos, que son la obra de su gracia, el culto de sus sagradas reliquias, que han sido los templos del Espíritu Santo, y que deben un dia participar de su gloria; que santifica los altares consagrados á su honor; que santifica su Cruz, fuente inagotable de las gracias; que santifica la señal augusta que formamos sobre nosotros, invocando el sagrado nombre de la Trinidad; que santifica, por fin, todas las prácticas piadosas y razonables, capaces de alimentar la fé, reanimar nuestra esperanza, y conservar la caridad. La sabiduria humana cree elevarse mucho, quando hace burla de la simplicidad de las prácticas santas; pero ella es en sí muy pequeña, siempre que meramente considera los objetos por lo que tienen de sensible, es decir, de sumamente pequeño; en vez que la fé, llevando los ojos al cielo, mira toda la tierra debaxo sus pies, no vé nada de grande sino á Dios, solo considera al hombre por las relaciones que tiene con su Divina Magestad, y únicamente atiende en él las disposiciones del corazon con que le

honra; la fé ennoblece por su espíritu todo lo que la misma ánima, y para decirlo así, todo lo que toca. Por ella todo es grande, porque todo es Santo por ella, porque todo por ella sirve para elevar el alma á Dios, inspirándola las virtudes celestiales, que forman su verdadera grandeza.

## ARTICULO II.

*Del segundo precepto de Jesu-Christo:  
Amarnos á nosotros mismos por Dios.*

Si es nuestra primera obligacion amar á Dios de todo corazon, no es menos necesario el amar soberanamente nuestra propia felicidad. Estos dos amores, de los cuales el uno es indispensable, y el otro necesario, deben conciliarse en los principios de una sana moral: De otra suerte, hallándose el amor de Dios en oposicion con el amor invencible de nuestro propio bien, se haria impracticable. Pero ¿en donde se hallará esta felicidad, de la qual debemos conciliar el deseo, con el amor de Dios?

Las pasiones, que solo conocen el imperio de los sentidos, solo pueden buscar la felicidad en los bienes sensibles, en los placeres, en los honores, las riquezas, el poder, y la gloria. Pero si todos estos beneficios constituyen la felicidad del hombre, amando el hombre necesariamente su felicidad sobre todas las cosas, no le será posible amar á Dios sobre todo; y quando se verá en la precision de escoger, dará la preferencia á aquel bien, en el qual creará hallar su felicidad. Mas ¿qué será al fin esta pretendida felicidad? El solo habito de gozarla, la hace desaparecer, y dexa al hombre solo consigo mismo en el vacío del bien, en la agitacion de los remordimientos, en la confusion é inquietudes de los deseos. Entonces, envilecido por la baxeza de sus sentimientos, sin virtud para aguantar las privaciones de la vida, sin valor para sufrir sus desgracias, se hallará al mismo tiempo en oposicion con su conciencia, con Dios, consigo mismo, con su propia felicidad, y en fin con la del próximo, porque no pudiendo poseer los bienes de la tierra sino

por la exclusion de los demas hombres, le será inevitable atravesar la felicidad de los otros, para procurar la suya. De ahí nacerán los zelos, las contestaciones, odios, injusticias, y casi todos los crímenes que perturban la sociedad. El hombre solo será bienhechor para sí mismo: Su beneficencia no será mas que un egoísmo disfrazado, que mudará de forma, pero no de naturaleza, y se desvanecerá luego que haya desaparecido el interes personal. Las pasiones, pues, engañan los deseos del hombre, por la esperanza misma de la felicidad, desviando sus atenciones ácia los bienes aparentes, que no podrian hacerle feliz.

Jesu-Christo, sin imponernos un mandamiento expreso del amor de nosotros mismos, porque hubiera sido superfluo, solo nos enseña el modo con que debemos amarnos; y esto es lo que teniamos necesidad de conocer. La razon nos habia dicho, que tan solamente la virtud debia ponernos en posesion de nuestro verdadero bien. Mas, ¿qual era este bien? La fé nos responde, solo Dios; y baxo este punto de vista, volviendo á

entrar todos los deseos en el orden de la justicia, el amor propio, que nos hacia enemigos de Dios, de nosotros mismos, y de los demas hombres, porque se habia desviado de su Verdadero fin, se identifica con el amor de Dios, que es nuestro unico bien, y á quien debemos amar sobre todas las cosas, y con el amor del proximo, que el nos manda amar por respeto suyo. Desde entonces, el amor del proximo no es este amor de sensibilidad, del qual se honran los sabios de la tierra, sino esta caridad noble y generosa, producida por un principio constante de bondad y de justicia, y que no distingue el bien del proximo, del nuestro propio; caridad fundada sobre el amor que debemos á Dios, y sobre la seguridad de las recompensas, que su infinita beneficencia nos ha prometido. Desde entonces, siendo Dios para nosotros el bien supremo, y no debiendo ser los bienes de la tierra nuestro ultimo fin, hemos de poseerlos sin apego, y usarlos con moderacion: Sí; no sean pues en adelante el objeto de nuestras complacencias, ni el motivo de nuestra ambicion.

De ahí dimana toda la moral Evangelica por lo que mira á los deseos y posesion de los bienes temporales. Todo lo que mancha el alma, ó cautiva el corazon, todo lo que destruye ó debilita el amor de Dios, y nos aleja de nuestro unico bien, se hace un mal positivo, y Jesu-Christo nos lo prohíbe; lo mismo que todo aquello que pone en peligro la virtud, supuesto que nos expone á perder el amor de Dios. Entonces su ley, que al primer impetu nos habia disgustado por un cierto ayre de austeridad, respecto que incomodaba nuestras inclinaciones, se nos presenta con un caracter de santidad, de dulzura, y de sabiduria digna de su divino Legislador. Su severidad allana los caminos del cielo, quitando los obstaculos; hace mas facil la practica del bien, separando las ocasiones; previene los desordenes, sugetando las pasiones; y por lo mismo hace suave el yugo del Señor; le hace amable, por la dulzura del amor divino, á proporcion que disminuye el gusto sensible de los bienes terrenos; y entonces conocemos la necesidad de la maxîma Evangelica, que

es menester morir á si mismo, esto es, á los sentimientos de la carne y de la sangre, que son como el alma del hombre carnal, á fin de hallar la vida (1); por que no se puede vivir con la vida del hombre carnal, sin perecer verdaderamente, perdiendo el amor de Dios, que es la vida del hombre celestial.

### ARTICULO III.

*Del tercer Precepto de Jesu-Christo:  
Amar al proximo por el amor  
de Dios.*

La ley natural nos manda amar á nuestros semejantes, y hacerles bien; pero nunca faltaban pretextos al amor propio para eludir este mandamiento. Jesu-Christo, á fin de impedir nuestros errores, coloca este mismo amor propio en los intereses del proximo, y le constituye protector é interprete de los derechos sagrados que tienen sobre nosotros los demas hombres, mandandonos amarlos como á nosotros mismos. Insiguiendo esta

(1) *Math. 5. v. 23. 24.*

regla, bastará preguntar á nuestra propia conciencia, pedirnos á nosotros mismos, ¿que es lo que quisiéramos que el proximo hiciese por nosotros? y tomandola por arbitro de lo que debemos hacer, no tendremos que temer, que no hagamos bastante por él.

Entre los que deben ser el objeto de nuestro amor y de nuestra beneficencia, Jesu-Christo nos encarga expresamente aquellos que están en mayor necesidad, y para los cuales conserva mas indiferencia el amor propio: Quiere que demos de comer al que tiene hambre, de beber al que tiene sed, que vistamos al desnudo, que visitemos al enfermo, que consolemos al affigido: Nos recomienda especialmente nuestros enemigos, para quienes el amor propio nos inspira mayor repugnancia; y no solamente nos ordena perdonarlos, cuyo acto era el mayor esfuerzo de la sabiduria humana; pero, lo que es mas difícil aun, quiere tambien que los amémos, que roguemos por ellos, y que pongamos asi al mismo Dios por testigo de la sinceridad de nuestro amor. Aun pasa mas adelante: Como